

centes de su cabellera, y para sujetarlas tuvo un gesto trágico y libre que hizo deslizar sus mangas hasta el codo.

—Despertad á su alteza,—dijo á media voz en la acolchada sombra de la vecina habitacion; luego, sin añadir palabra más, subió al cuarto del rey.

## X

**Escena conyugal.**

Toda la mágia de aquella noche de Junio entraba por la ancha ventana abierta del gran salon, donde un sólo candelero encendido dejaba bastante misterio para que el claro de la luna se fijase en las paredes á modo de vía láctea, é hiciese relucir la barra pulimentada de un trapecio, el arco de una guzla suspendida ó la vidriera de una biblioteca bastante mal guarnecida, que los cajones de Boscovich acababan de llenar exhalando un olor acre y podrido de un cementerio de plantas secas. Sobre la mesa, entre papelotes llenos de polvo, se veía un Cristo de plata ennegrecida; porque aunque Christian no trabajase se acordaba de su educacion católica, se rodeaba de objetos de piedad, y algunas veces, divirtiéndose con meretrices, mientras sonaban á su alrededor los roncans cantos del placer, su mano empujada por la embriaguez, repasaba dentro del bolsillo las cuentas de un rosario de coral que siempre llevaba consigo. Al lado del Cristo se veía una ancha y vasta hoja de pergamino llena de una gruesa letra un poco temblorosa. Era el acta de defuncion de la soberanía, perfectamente extendida. No faltaba más que la firma, un

rasgo de pluma, una decision violenta de la voluntad: y por esto vacilaba la parte débil de Christian II, apoyados sus dos codos sobre la mesa, inmóvil bajo el fuego de las bujías preparadas para el sello real.

Cerca de él, inquieto, husmeando, deslizándose como una esfinge nocturna ó golondrina negra de las minas, Lebeau, el criado íntimo, le espiaba, le excitaba, llegado al fin al minuto decisivo que la banda esperaba hacia meses, con altos y bajos, con todos los latidos de su corazón, con todas las incertidumbres de una empeñada partida por aquel último giron de rey. A pesar del magnetismo de aquel opresor deseo, Christian, con la pluma entre los dedos, no firmaba. Enterrado, hundido en su sillón, miraba el pergamino y reflexionaba. No es que le importase aquella corona que nunca había querido ni deseado; que niño hallaba demasiado pesada, y cuya dureza había sentido más tarde, así como sus primeras responsabilidades. Descargarse de ella, colocarla en un extremo del salón en que nunca entraba, olvidarla fuera tanto como podía, era ya cosa hecha; pero aquella última determinación, aquel último partido excesivo le asustaban. Ningun otro recurso había, sin embargo, para proporcionarse el dinero necesario para su nueva existencia; tres millones, en pagarés firmados por él, circulaban con vencimientos próximos, y que el usurero, un tal Pichery, mercader de cuadros no quería renovar. ¿Podía él dejar embargar todo en San Mandé? ¿Qué sería entonces de la reina y el niño real? Escena por escena,—porque preveía la horrible resonancia de sus vilezas,—¿no valía más concluir de una vez, afrontar de repente las cóleras y las recriminaciones? Y además... además que aquello no era aún la razón determinante.

Había prometido á la condesa firmar aquella renuncia; ante aquella promesa, Séfora había consentido en dejar partir á su marido solo para Lóndres, aceptado el hotel de la avenida de Mesina, el título y nombre que la publicaban como querida de Christian, reservando otras complacencias para el día en que el

rey la entregase el acta firmada por su mano. Ella daba á esto sus razones de mujer enamorada; acaso quisiera un día volver á Iliria, abandonarla por el trono, por el poder; no sería ella la primera á quien la razón de Estado han hecho llorar y sufrir. Y Axel, Wattelet, todos los gomosos del Gran Club no sabían que cuando el rey al salir de la avenida de Mesina se reunía con ellos en el círculo con los ojos abatidos y calenturientos, había pasado la noche sobre un diván, siempre rechazado y despreciado, vibrante y tendido como un arco, rodando á los piés de una implacable voluntad, de una constante resistencia que dejaba á sus locos besos el hielo de dos manos de Parisiana, hábiles á desprenderse, á defenderse, y sobre sus lábios la quemadura de una palabra delirante... «¡Oh! cuando no seas rey... ¡tuya, toda tuya!...» Porque ella le hacía pasar por todas las intermitencias tan peligrosas de la pasión y de la frialdad; y algunas veces en el teatro, después de una glacial acogida con inmóvil sonrisa, una manera de mirarle al quitarse los guantes! Ella no se quitaba el guante... Ponia su mano enteramente desnuda á la primera ofrenda de sus besos...

—Con que, mi buen Lebeau, dices que Pichery no quiere hacer nada...

—Nada, señor... Si no se le paga, irán los pagarés al tribunal de comercio.

Era preciso oír el desesperado gemido con que fué subrayada aquella palabra de «tribunal,» para comprender todas las siniestras formalidades que encerraba; papel sellado, embargo, la casa real profanada, arrojada á la calle... Christian nada de esto veía. Llegaba allá abajo en medio de la noche, ansioso, frenético, subía á paso de lobo la escalera misteriosamente alfombrada, entraba en la alcoba en que la lamparilla se extinguía bajo los encajes... «Ya está hecho.» «Ya no soy rey... eres mía...» Y la hermosa de...

—Vamos,—dijo con el sobresalto de la visión que huía.

Y firmó.

En esto se abre la puerta y aparece la reina. Su presencia en el cuarto de Christian á aquella hora era tan nueva, tan imprevista, vivían hacia tanto tiempo el uno lejos del otro, que ni el rey en vías de firmar su infamia, ni Lebeau que le vigilaba, se volvieron al ligero ruido de su entrada. Creyeron que era Boscovich que volvía del jardín. Deslizándose ligera cual una sombra, estaba ya cerca de la mesa, sobre los dos cómplices, cuando Lebeau la descubrió. Ella le ordenó el silencio, poniéndose un dedo en los labios, y continuaba adelantando, queriendo sorprender al rey en plena traición, y evitar los giros, los subterfugios, inútiles disimulaciones; pero el lacayo desobedeció aquella orden por una alarma á lo Anás: «¡La reina, señor!...» La Dálmata, furiosa, plantó su sólida y nerviosa mano en el hocico de aquel dañino animal; y erguida esperó á que el miserable hubiera desaparecido para dirigirse al rey.

—¿Qué os sucede, querida Federica? ¿Qué me proporciona?...

De pie, medio inclinado sobre la mesa que trataba de ocultar, en una postura agradable que hacia resaltar su chaleco de foular bordado de rosa, sonreía, los labios un poco pálidos; pero con voz tranquila, palabra fácil, con aquella gracia política de que jamás prescindía con su mujer, y que ponía entre ellos, cual si fuesen floridos y complicados arabescos sobre la dura laca de un guarda fuego. En una palabra, con un gesto, ella separó aquella barrera que la abrigaba.

—¡Oh! nada de frases... nada de gestos... ¡Sé lo que estás escribiendo!... No trates de mentir.

Luego, acercándose, dominando con su alta estatura aquella bajeza tímida...

—Escucha, Christian... Y aquella familiaridad extraordinaria en su boca, daba á sus palabras alguna cosa de serio, de solemne... Escucha... mucho me has hecho sufrir desde que soy tu mujer... Jamás me he quejado más que la primera vez, la primera, debes recordarlo... Despues, cuando ví que no me amabas a, he dejado obrar. No he ignorado nada... ni una de tus trai-

ciones, ni una de tus locuras. Porque es preciso que tú estés loco, verdaderamente loco como tu padre que se ha extinguido gastado por el amor de Lola, loco como tu abuelo Juan, muerto en un vergonzoso delirio, espumante, aspirando á lúbricos besos, con palabras que hacían ruborizar á las hermanas de la caridad que lo asistian. ¡Bah!... Es la misma sangre abrasada, la misma lava del infierno la que te devora. En Ragusa, en tus noches de salida, te iban á buscar á casa de Fœdora... Yo lo sabía, yo sabía que ella había abandonado el teatro para seguirte... Jamás te lo he reprochado... El honor del hombre se hallaba en salvo... Y cuanto tú abandonabas tu puesto en las murallas, yo tenía cuidado de que no estuviese vacío... Pero, en París... en París...

Hasta aquí había hablado lenta, friamente, guardando al final de cada frase una entonación de piedad y de reprensión maternal que inspiraban los ojos bajos del rey, su incomodada cara de niño mimado á quien se sermonea. Pero aquel nombre de París la puso fuera de sí. ¡Ciudad sin fé, ciudad burlona y maldita, sangrientos empedrados siempre preparados para la barricada y el levantamiento! ¡Qué rabia había dominado á todos aquellos pobres reyes caídos de refugiarse en aquella Sodomá! Ella es; es su aire apestado con fusilados y vicios, quien remataba las grandes razas; ella, la que había hecho perder á Christian lo que los más locos de sus antepasados sabían guardar siempre entre ellos, el respeto y el orgullo del blason. ¡Oh! desde el día de su llegada, desde la primera noche del destierro, al verle tan alegre, tan excitado, mientras que todos lloraban secretamente, Federica había adivinado las humillaciones y las vergüenzas que la iba á hacer sufrir. Entonces, de un aliento, sin desmontar, con palabras que azotaban la pálida cara del real calavera, y la cruzaban cual muchos latigazos, le recordó todas sus faltas, su rápido descenso del placer al vicio y del vicio al crimen.

—Tú me has engañado á mi vista, en mi propia casa sentan-

do el adulterio á mi mesa y usando mi vestido. Cuando te has cansado de esa muñeca rizada que ni aun ha ocultado sus lágrimas, te has ido al arroyo, al lodo de las calles, ostentando descaradamente tu pereza, y trayéndonos tus amaneceres de orgías, tus remordimientos desplomados, todas las manchas de esa cloaca... Acuérdate como te he visto dando traspies y balbuceante, aquella mañana en que por segunda vez perdiste el trono... Has hecho cuanto puede hacerse... has traficado con el sello real, vendido cruces, títulos...

Y en voz más baja, como si hubiera temido que el silencio y la noche pudieran oírlo:

—¡Has robado también... has robado! Aquellos diamantes, aquellas piedras arrancadas... fuiste tú... Y yo he dejado sospechar de mi viejo Grœb, y lo dejé marchar... Era preciso, conocido el robo, encontrar un falso culpable para evitar que se adivinase el verdadero... Porque mi preocupación única y constante ha sido mantener al rey en pie, intacto, aceptando todo para ello, aun las vergüenzas que á los ojos del mundo concluirían por mancharme á mí misma... Yo me había formado un santo y seña de combate que me excitaba, que me sostenía en las horas de prueba: «¡Por la corona!» Y ahora tú quieres venderla, quieres vender esa corona que me ha costado tantas angustias y tantas lágrimas, quieres cambiarla por oro para esa máscara de judía muerta que has tenido el impudor de poner hoy delante de mí, frente á frente...

El escuchaba sin decir nada, aplastado, ocultando su cabeza. La injuria á la que amaba le volvió todo su valor.

Y mirando fijamente á la reina, con su abofeteado rostro, la dijo, siempre político, pero firme:

—Os engañais... La mujer de que hablais no entra para nada en la resolución que he tomado... Lo que hago es por vos, por mí, por nuestro reposo... ¡Vamos!... ¿No estais cansada de esta vida de expedientes, de privaciones?... ¿Creeis que ignoro lo que aquí pasa, que no sufro al veros acosada por esa trahilla de

proveedores, y otros acreedores?... El otro día, cuando yo entraba, ví y entendí á aquel hombre que vociferaba en el patio... A no ser por Rosen lo destrozo con las ruedas de mi faeton. Y vos estábais espionando su partida detrás de las cortinas de vuestro gabinete... ¡Magnífico oficio para una reina!... Estamos debiéndolo todo... Sólo hay un grito común contra nosotros. La mitad de nuestras gentes esperan sus salarios atrasados. Ese preceptor hace diez meses que no recibe nada.... Mme. de Silvis se paga con vuestros trages viejos, y hay días en que el señor consejero encargado de los sellos de la corona pide á mi ayuda de cámara dinero prestado para comprar tabaco rapé... Ya veis que estoy al corriente... Pero vos no conocéis mis deudas. Estoy acibillado... Muy pronto estallará todo.... ¡Será curioso!... Cuando veais vender vuestra diadema, entre viejos cubiertos y cuchillos en un portal...

Poco á poco, arrastrado por su naturaleza burlona y sus hábitos de broma, dejaba el tono reservado del debut, y con su vocecilla nasal é insolente detallaba todas las pillerías, entre las que había muchas de Séfora, que no perdió nunca la ocasión de demoler con su piqueta burlona los últimos escrúpulos de su amante.

—Me acusais de hacer frases, querida, y por el contrario, sois vos quien me aturdis con vuestras palabras. Y despues de todo, ¿qué es esa corona de Iliria de que siempre me estais hablando? No tiene valor alguno sino sobre la cabeza del rey; en otro caso no es más que un estorbo, una cosa inútil que en la huida se oculta en una sombrerera, ó que se expone bajo un fanal, como los laureles de un cómico ó la corona de azahar de la portera... Es preciso que os persuadais de esto, Federica. Un rey no es rey más que en el trono y con el poder en la mano; caído, no es nada, ménos que nada, un despreciable harapo... En vano nos aferramos á la etiqueta, á nuestros títulos, poniendo la Magestad en todas partes, en las portezuelas de los coches, en los gemelos de la camisa, y siguiendo un ce-

remonial que ya no está en uso. Todo esto es hipocresía, por nuestra parte, política y lástima en los que nos rodean, amigos y servidores. Aquí yo soy Christian II para vos, para Rosen, para algunos fieles. En cuanto salgo, soy un hombre como los demás. El Sr. Christian Dos... Ni aún tengo apellido... sólo el nombre... Christian, como cualquier pillo de playa...

Y se detuvo, falto de aliento, no acordándose de haber hablado nunca tanto tiempo de pié. Los agudos silbidos del viento y los trinos de los ruiseñores interrumpían el silencio de la noche. Una gruesa mariposa negra, quemadas las puntas de sus alas en la luz, volaba aturdidamente, tropezando en todos los objetos. No se oía más, entre aquel zumbido, que los sollozos ahogados de la reina, que sabía hacer frente á la cólera, á la violencia; pero que la burla, el sarcasmo, atacando la parte débil de su naturaleza sincera, encontrábase sin armas, como un valiente soldado que espera golpes mortales y se siente acerbillado á alfilerazos. Al verla débil, Christian la creyó vencida, y para rematarla, puso el último trazo á su cuadro burlesco de las monarquías en el destierro... ¡Qué lamentable figura tenían aquellos pobres príncipes *in partibus*, comparsas de la soberanía, envolviéndose en los mantos de los primeros galanes, continuando su declamación entre las butacas vacías y sin un céntimo de entrada! ¿No harían mejor con callarse y entrar en la vida común y la oscuridad?... Pase aún por los que tienen dinero; pueden seguir en su terquedad de lujo, tan propia de las grandezas.... Pero los otros, sus pobres primos de Palermo, por ejemplo, amontonados en una casa demasiado pequeña, con su sacramental cocina italiana!... ¡Cómo huele á cebolla cuando se entra allí!... Son muy dignos, ciertamente, pero ¡qué existencia!... Y estos no son aún los más desgraciados. El otro día un Borbon, un verdadero Borbon, corría detrás de un ómnibus. «Completo, caballero...» Y corría siempre. «Ya os he dicho que todo está lleno, buen viejo...» Y se ha incomodado; hubiera querido que lo llamasen monseñor; como si se llevase un sello en la corbata...

«Reyes de ópera cómica, os digo, querida mía; y es para salir de esta ridícula situación para ponernos al abrigo en una existencia asegurada y digna, por lo que he tomado el partido de firmar esto.

Y añadió, descubriendo de repente al slavo tortuoso y educado por jesuitas:

—Observad, además, que esta firma es una pura broma... Se nos devuelven nuestros bienes, y no me considero comprometido á nada... ¿Quién sabe? Esos millones pueden ayudarnos á reconquistar el trono.

La reina alzó impetuosamente su noble cabeza, le miró por un segundo, y luego, moviendo los hombros,

—No te hagas más vil de lo que realmente eres... Sabes muy bien que una vez firmado... Pero, no. La verdad es que te faltan las fuerzas, es que tú desertas de tu puesto de rey en el momento más peligroso, cuando la nueva sociedad, que no quiere ni Dios ni amo, persigue con su ódio á los representantes del derecho divino, hace temblar el cielo sobre sus cabezas y el suelo bajo sus pasos. El cuchillo... las bombas... las balas... Se traiciona... se asesina... En plena comitiva de procesion ó de fiesta, los mejores como los peores, no hay uno de nosotros que no se estremezca cuando algun hombre se separa de la multitud... Todo memorial oculta el puñal... Al salir de su palacio, ¿quién puede estar cierto de volver á entrar en él?... Y esta es la hora que tú escoges, tú, para huir de la batalla...

—¡Ah! si se tratara de batallas,—dijo Christian con viveza. —Pero luchar, como nosotros, con el ridículo, con la miseria, con todo el esterecolero de la vida, sentir que se hunde uno cada día más y más...

La reina tuvo un rayo de esperanza en sus ojos.

—¿De veras?... ¿tú te batirías?... Entonces, escucha.

Y jadeante, le contó en algunas breves palabras la expedición que Eliseo y ella preparaban hacia tres meses, enviando cartas sobre cartas, discursos, despachos, el padre Alfeo siem-

pre en camino para los pueblos de la montaña; porque aquella vez no era á la nobleza á quien se dirigian sino al bajo pueblo, muleteros, mozos de cordel de Ragusa, manicadores de Breno, de Brazza, gentes de las islas que vienen al mercado en chulpas, la nacion primitiva y tradicional, pronta á levantarse, á morir por el rey, pero con la condicion de ver al rey á su cabeza... Las compañías se estaban formando, circulaba ya el santo y seña, no se esperaba más que la orden. Y la reina, precipitando sus palabras en carga vigorosa sobre la debilidad de Christian, recibió un choque doloroso al verle sacudir la cabeza más bien indiferente que desanimado. Puede ser que en el fondo se uniese á ello el despecho de que todo se hubiese preparado sin contar con él. Pero no creia realizable aquel proyecto. No se podia avanzar en el país, era preciso tener por suyas las islas, saquear alguna rica comarca con muy poca probabilidad de conseguirlo; la aventura del duque de Palma, una inútil efusion de sangre.

—No, querida amiga; el fanatismo de vuestro capellan y ese gascon de ardiente cabeza, os extravían con sus consejos. Yo tambien tengo mis noticias, y más ciertas que las vuestras... La verdad es que en la Dalmacia, como en todas partes, la monarquía ha cumplido sus dias... los pueblos ya la han tenido bastante... ya no la quieren.

—¡Ah!... Ya se yó quién es el cobarde que no la quiere,— dijo la reina.

Y salió precipitadamente, dejando á Christian muy sorprendido de que la escena se hubiese terminado tan bruscamente. Bien pronto guardó el acta en el bolsillo y se preparaba á salir, cuando volvió Federica, acompañada esta vez de su hijo, el niño príncipe.

Sobrecogido en medio del sueño, vestido apresuradamente, Zara, que acababa de pasar de las manos de las camaristas á las de la reina, sin que se hubiese pronunciado palabra alguna, abria sus grandes ojos bajo sus despeinados bucles; pero nada

preguntaba, acordándose confusamente, en su imaginación aun incompleta, de levantamientos semejantes para huidas precipitadas, en medio de rostros pálidos y jadeantes exclamaciones. Por consiguiente, habia tomado la costumbre de abandonarse, de dejarse conducir, con tal que la reina lo llamase con su voz grave y resuelta, y que sintiese el tierno arrimo de un brazo y su hombro pronto á servirle de apoyo en sus fatigas de niño. Ella le habia dicho: «¡Ven!» y él la siguió con confianza, sorprendido únicamente de toda aquella calma comparada con otras noches alborotadas, color de sangre, en que brillaban llamas, tronaba el cañon y las balas silbaban.

Vió al rey de pié, no á aquel padre indiferente y bueno, que alguna vez le sorprendia en la cama ó atravesaba la sala con una cariñosa sonrisa, sino una fisonomía dura y severa, que se acentuaba rudamente á su llegada. Federica, sin decir una palabra, arrastró al niño hasta los piés de Christian II, y arrodillándose con un movimiento brusco, lo colocó á su lado, y juntando sus dedos en sus dos manecitas juntas, le dijo:

—El rey no quiere escucharme, pero acaso os escuchará á vos, Zara.... Vamos, decid conmigo: «Padre mio...»

La tímida voz repitió: «Padre mio....»

—Padre mio, mi rey, yo os conjuro.... No despojeis á vuestro hijo, no le arrebatéis esa corona que debe llevar un dia... Pensad que no es vuestra, que viene de léjos, de lo alto, que viene de Dios, que la ha colocado hace seiscientos años en la casa de Iliria.... Dios quiere que yo sea rey, padre mio.... Es mi herencia, mi patrimonio, y no tenéis derecho alguno para privarme de él...»

El niño príncipe seguia, con el ferviente murmullo, las miradas que inspira una oracion; pero Christian volvía la cabeza, alzaba los hombros, y furioso, aunque siempre conservando las buenas formas, mascullaba algunas palabras entre dientes: «Exaltacion.... Escena inconveniente.... Trastornar la cabeza de ese niño....» Luego se desprendió de ellos y trató de ganar la

puerta. De un salto la reina se puso de pié, miró á la mesa y vió que no estaba el pergamino, y comprendiendo que estaba firmada el acta infame, que él la llevaba, lanzó un verdadero rugido.

—¡Christian!...

El continuaba hácia la puerta.

Ella dió un paso, hizo ademán de recoger su ropa como para echar á correr, y luego súbitamente,

—Pues bien,—dijo,—¡sea!

Christian se detuvo, la vió ante la ventana abierta, el pié sobre el estrecho apoyo de piedra, sosteniendo con un brazo á su hijo y llevándolo á la muerte, y amenazando con el otro al cobarde que huía. La luz nocturna iluminaba desde fuera aquel admirable grupo.

—¡A rey de ópera-cómica, reina de tragedia!—dijo ella, grave y terrible.—Si no quemas al momento lo que acabas de firmar, jurando sobre la cruz que no volverás á hacerlo otra vez... tu raza concluirá hecha pedazos. ¡Tu mujer... tu hijo, no serán más que repugnantes trozos!

Y se sentía en aquellas palabras, en aquel bello cuerpo tendido hácia el vacío tal resolución, que el rey, terrorificado, se lanzó para detenerla.

—¡Federica!...

Al grito de su padre, al estremecimiento del brazo que le sostenía, el niño, enteramente fuera de la ventana, creyó que todo había concluido y que iba á morir. No dijo ni una sola palabra, ni lanzó una queja, porque partía con su madre. Solo, sí, sus manitas se aferraron al cuello de la reina, y dejando caer su cabeza de víctima, cerró los ojos, asustado de la caída.

Christian no resistió más... Aquella resignación, aquel valor del niño-rey que en su futuro oficio sabía ya morir bien!... Hacia estallar su corazón dentro de su pecho... Arrojó sobre la mesa la arrugada acta que tenía en la mano, que estrujaba hacia un minuto, y cayó, sollozando, en una butaca. Federica, siempre

desconfiada, recorrió el pergamino desde la primera línea hasta la firma, la acercó á una vela, la dejó quemar hasta sus dedos, sacudió sobre la mesa su negra ceniza, y se fué á acostar con su hijo, que empezaba á dormirse en su heroica postura de suicida.